

INTRODUCCIÓN

La lexicografía es una disciplina milenaria que en su vertiente práctica se ha orientado tradicionalmente a compilar en diferentes formatos el vocabulario total o parcial de una o varias lenguas, con el objetivo de satisfacer la necesidades cognitivas y comunicativas de los miembros de una comunidad. En sus orígenes, la compilación del léxico se hizo bajo el formato de listas de palabras o de glosas que ayudaban a entender aquellos términos que pudieran resultar complejos, dada la antigüedad o el carácter técnico, religioso, literario, etc. de los vocablos recogidos (Boisson *et al.*, 1991; Lara, 1997; Boulanger, 2003; Béjoint, 2016). Con el trasiego de los siglos, el formato de acceso al léxico recopilado fue evolucionando, pasando de esas primeras listas o glosas a la edición en forma de libro, que dio origen a la que ha sido considerada su obra por excelencia, esto es, el diccionario. En su evolución, durante los últimos tiempos se ha reorientado parte del trabajo de los lexicógrafos al tratamiento computacional de los «datos lexicográficos», almacenados en sistemas sofisticados que permiten una gestión y explotación versátil de dichos datos que ha revertido en la mejora de los diccionarios electrónicos –en busca, entre otros aspectos, de un acceso nivelado a los datos que atienda las necesidades concretas de distintos tipos de usuarios– o en la de los asistentes conversacionales, los asistentes de escritura, los programas de traducción automática, etc.

Llama la atención que esta disciplina, sobre cuya naturaleza tanto se ha debatido en los últimos decenios, resulte una práctica considerada, hasta cierto punto, una actividad casi inherente a la evolución del lenguaje humano, como se deduce del hecho de que desde el momento en el que demostramos una cierta competencia en el uso de una lengua, hacemos las veces de lexicógrafos y de diccionarios parlantes, elaborando definiciones sobre aquellos términos, lexías, colocaciones, etc. que desconocen nuestros interlocutores y facilitando la información de la definición solicitada en un formato cercano al enciclopédico. En nuestra etapa de adultos es habitual que cuando alguien pregunta por el significado de una palabra elaboremos

una definición improvisada o proporcionemos un elenco de sinónimos, técnicas de aclaración o explicación del léxico acompañadas de ejemplos de uso. Pero esto no solo sucede en una edad adulta: si le preguntamos a un alumno qué significa el término *pokemon* será capaz de satisfacer nuestra necesidad cognitiva con una sustanciosa explicación enriquecida con ejemplos sobre esas criaturas animadas que evolucionan y son entrenadas para luchar, que han dado lugar a la creación de videojuegos, juegos de cartas, comics y series anime. Aunque no se proporcione información que desde una perspectiva lingüística podría resultar relevante, como es el caso de la categoría gramatical o la etimología, la información recibida pondrá al receptor en situación de saber qué es aquello por lo que se pregunta y en qué contexto se pueden utilizar los vocablos mencionados. Traemos a colación un ejemplo más ilustrativo aún: en un contexto académico, si un alumno le pregunta a su profesor de Lengua Castellana qué significa la palabra *henchir* que ha leído en un texto, el docente probablemente le responda que es un verbo que significa «llenar hasta su tope un recipiente», aunque dicho verbo se pueda utilizar también de forma metafórica cuando decimos que «alguien está henchido de orgullo, de amor, etc.».

Ahora bien, aunque es cierto que, como hemos argumentado previamente, la actividad lexicográfica se encuentra arraigada en el desarrollo de la competencia lingüística, aunque sea en un formato básico, la práctica lexicográfica es mucho más compleja, toda vez que no solo consiste en definir y ejemplificar para ilustrar: la confección de toda obra lexicográfica se rige (o se debiera regir) por unos principios metodológicos que proporcionen sistematicidad a una praxis que ha de evidenciar su esencia pedagógica y a la vez didáctica, es decir, su facultad para enseñar y para facilitar el aprendizaje. Y aquí es donde subyace parte de la complejidad que conlleva el proceso del tratamiento del léxico desde una perspectiva lexicográfica, dando lugar a toda una vertiente científica dedicada a los estudios teóricos lexicográficos, la conocida como metalexigrafía, y a desarrollos prácticos con fines muy diversos (de ahí la dificultad a la hora de establecer una clasificación de las obras lexicográficas que vaya más allá de una mera taxonomía). La lexicografía tiene una naturaleza multidisciplinar, debido a los diferentes campos a los que se aplica, con los que trabaja y a la información tan amplia y variada que debe manejar el lexicógrafo. Entre sus diferentes ramas, una de ellas se ha enfocado al estudio y a la confección de diccionarios cuyo objetivo principal es facilitar el aprendizaje tanto de lenguas maternas como de segundas lenguas. Se la conoce como *lexicografía pedagógica* o como *lexicografía didáctica* y el tipo de obra que surge de su

INTRODUCCIÓN

praxis suele llevar el título de *diccionario escolar*, *diccionario de aprendizaje* o *diccionario didáctico*.

Obviamente, la rama a la que se adscribe la presente monografía es la lexicografía dedicada al aprendizaje de lenguas, ocupándonos en las siguientes secciones de los conceptos recogidos en el párrafo anterior.

PRIMERA PARTE

1. LA LEXICOGRAFÍA: CIENCIA Y/O ARTE

La consideración de la lexicografía ya como ciencia ya como arte ha generado un avivado debate entre los investigadores. Dado lo complejo del tema, nuestra intención es recopilar en esta sección los diferentes puntos de vista, para aportar finalmente nuestro parecer.

El lexicógrafo danés Sven Tarp dedicó uno de sus trabajos a reflexionar sobre esta controvertida cuestión. Tarp (2018: 19-20) argumenta que existen cuatro opiniones diferentes a este respecto:

1. Aquellos que consideran que la lexicografía es un arte (*art and craft*), negando la posibilidad tanto de que dicha disciplina sea una ciencia como de que existan teorías lexicográficas entendidas como tales. Según el lexicógrafo danés, las únicas teorías aceptadas son –recogiendo las palabras de Atkins y Rundell– «an enormous body of linguistic theory which has the potential to help lexicographers to do their jobs more effectively» (Atkins and Rundell, 2008:4). Desde esta perspectiva, la lexicografía se entiende como una instancia de la lingüística aplicada (Meier, 2003: 307) que, en el mejor de los casos, podría llegar a ser considerada una actividad científica, siempre y cuando se utilice la lingüística como fondo teórico (Hacken, 2009: 399). Esta visión de la lexicografía es defendida, especialmente, por una gran parte de los miembros de la comunidad lexicográfica anglosajona.
2. Aquellos que consideran que la lexicografía es una ciencia enfocada a la ordenación y explicación del vocabulario en diccionarios y léxicos. Se trataría, en este caso, de una rama de la ciencia que se ocupa de la presentación y descripción de las unidades léxicas de las lenguas naturales en los diccionarios (Kudashev, 2007: 159). Desde esta perspectiva, la lexicografía se entiende, por un lado, como una rama especial de la ciencia lingüística (es decir, subordinada a la lingüística) y, por otro lado, como una disciplina independiente, con sus propias teorías, sus propias tareas y sus propios métodos (Sorokoletov, 1982: 79). Se cita a Scerba (1940) como el principal instigador y defensor de esta visión de la lexicografía.

3. Aquellos que consideran que la lexicografía es una disciplina independiente que no pertenece a la lingüística aplicada ni es una subdisciplina de la lingüística (Wiegand, 2013: 29). Con Wiegand a la cabeza, se considera que la lexicografía podría ser entendida como una práctica científica y la metalexigrafía como área teórica científica. Esta concepción ha evolucionado y recientes investigadores han empezado a considerar la metalexigrafía sistemática como parte de la ciencia de la información.
4. Aquellos que consideran la lexicografía como una ciencia independiente e interdisciplinar. Este núcleo lo constituyen, fundamentalmente, los defensores de la Teoría Funcional de la Lexicografía, definida en primera instancia por Bergenholtz y Tarp (2003, 2004 y 2005). Están de acuerdo con algunos de los preceptos defendidos por los grupos anteriores: por un lado, (grupo 1) la lexicografía es un arte, el de hacer diccionarios, y por otro lado (grupos 2 y 3), consideran que la actividad lexicográfica puede ser transformada en una ciencia. Ahora bien, puntualizan que es una ciencia independiente (parte de los investigadores del grupo 3), pues tiene sus propias teorías, tareas y métodos, aunque, en ocasiones, mantiene una fuerte vinculación con la ciencia lingüística (grupo 2).

Tarp argumenta que la producción de diccionarios es una práctica milenaria que, efectivamente, puede ser considerada un arte y una manualidad. Ahora bien, ese arte y manualidad a la hora de crear un diccionario puede estar sujeto a la observación, a un estudio empírico y a una generalización teórica, lo que supone que es posible (2018: 26):

- Observar y estudiar la manualidad en todas sus dimensiones.
- Aislar fenómenos relevantes con ciertas propiedades.
- Establecer relaciones existentes entre diferentes fenómenos.
- Realizar afirmaciones de validez universal sobre esos fenómenos y sus relaciones.
- Sistematizar dichas afirmaciones.

El lexicógrafo danés concluye, como ya había explicado con anterioridad (Tarp, 2008: 6), considerando la lexicografía como una ciencia debido a que cumple los siguientes preceptos (Tarp, 2018: 26)¹:

¹ Basándose en el trabajo de M. Buhr y G. Klaus (1971: 1083 y 1169).

- Constituye un sistema de conocimiento en crecimiento fuera de la práctica social (esto es, fundamentándose en la producción y en el uso de los diccionarios).
- Está desarrollando una base continua.
- Tiene sus raíces en forma de conceptos, categorías, logros definidos, teorías e hipótesis.
- Incluye tanto la historia de los diccionarios como su propia historia, incluso ideas preteoréticas.
- Contiene contribuciones independientes a la metodología.
- Incluye directrices para una acción práctica.

A nuestro entender, la lexicografía de aprendizaje de lenguas tiene parte de ciencia y parte de arte: **ciencia** porque (i) la metodología intrínseca empleada se fundamenta en la observación, la experimentación, el análisis, la reflexión y la formulación de afirmaciones que consolidan un procedimiento sistemático de aplicación al diseño y a la confección de diccionarios, previo estudio del léxico, y porque (ii) se trata de una disciplina cuya vertiente práctica se puede fundamentar desde una perspectiva teórica en diferentes teorías y principios lexicográficos y lingüísticos ya consolidados (por ejemplo, sobre la definición lexicográfica, sobre los ejemplos de los diccionarios, sobre la mejora de la medioestructura, sobre la aplicación de principios lingüísticos que faciliten una descripción del léxico, sobre metodologías de aprendizaje de lenguas...), que ayudan a mejorar el proceso de aprendizaje de lenguas y el de la confección de futuros diccionarios, existiendo toda una línea metalexicográfica sobre la historia, la crítica y el uso de los diccionarios de aprendizaje de lenguas; **arte** por cuanto en ese diseño y confección de diccionario hay que aplicar de manera sistemática diferentes técnicas (recopilación de información sobre las necesidades de los usuarios potenciales, selección, análisis, almacenamiento, gestión y explotación de los materiales lexicográficos...), sustentadas por distintas teorías.

En ese diseño y confección del diccionario, producto principal de la lexicografía práctica, se debe tener en cuenta, desde un primer momento, el tipo de estructuras lexicográficas que van a conformar la obra. Dada su importancia y complejidad, trataremos dichas estructuras en el siguiente apartado.